

VI Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia, 2007.

Lugares: Espacios Cotidianos para Repensar y Reimaginar Identidades Urbanas.

Nelson Vergara.

Cita:

Nelson Vergara (2007). *Lugares: Espacios Cotidianos para Repensar y Reimaginar Identidades Urbanas*. VI Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/vi.congreso.chileno.de.antropologia/63>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eCzH/rRu>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Lugares: Espacios Cotidianos para Repensar y Reimaginar Identidades Urbanas

Nelson Vergara*

Resumen

Durante mucho tiempo se manejó la idea de que la globalización, mediante sus procesos de homogeneización y aceleración de los cambios, procesos que se atribuyen caracterizadamente a la postmodernidad o sobremodernidad, habían provocado la pérdida de valor de los espacios locales conocidos como **lugares**, a favor de espacios más abstractos y genéricos, arrasando con ello las posibilidades de generación de identidades territoriales. Sin embargo, análisis más recientes han puesto en discusión esa idea inicial y otra vez han vuelto los lugares a ser objeto de atención como provocadores de espacios de identidad, sean estos rurales o urbanos. El presente trabajo apunta en la dirección de esta idea de renacimiento de los lugares, situados de preferencia en los espacios urbanos.

Palabras Claves: lugares, espacios urbanos, identidades.

1

A mediados de la década del los '70, cuando recién comenzaba a perfilarse en nuestro medio lo que más tarde iba a ser conocido como globalización, se aludía a esos procesos globalizadores mediante términos como **aldea global**, **mundialización**, **pensamiento planetario**, etc., del mismo modo que para hacer referencia a lo que sería la postmodernidad se utilizaron conceptos como **postindustrialismo**, **segunda revolución industrial**, **capitalismo avanzado**, etc., En todos estos casos, lo que se señalaba expresamente eran los cambios profundos que entonces estaban ocurriendo en el orden material y que, necesariamente, habrían de afectar a las formas de su intelección y valoración, es decir a las nociones y conceptos con los que se intentaba comprenderlos. En estos contextos, Alvin Toffler, inmerso en una atmósfera intelectual que entonces era alimentada por las teorías de J.J. Servan-Schreiber, Daniel Bell, Marshall McLuhan, Z. Brzezinski y otros, publicó *El «Shock» del futuro*. Allí se señalaba, formalmente, que las grandes transformaciones que se observaban en la vida social y cultural se debían prefe-

rentemente a la creciente aceleración de los cambios y a sus efectos de transitoriedad o impermanencia.

A. Toffler analizaba estos efectos refiriéndolos a tres planos interconectados: el cambio de la relación del hombre con los recursos, la transformación del alcance y de la escala del cambio, y, fundamentalmente, la transformación radical del ritmo del cambio, situación que, a su juicio, no tenía precedente en la historia. Y es aquí donde, con toda formalidad, se adelantó la teoría de que uno de los cambios más radicales que sufriría el hombre en ese futuro, que ya estaba ahí y era el nuestro, sería el de la función, el sentido y el valor del espacio vital inmediato, del territorio en tanto espacio vivido en proximidad, apropiado y puesto a disposición, y que Toffler, como otros, llamaba **lugares**.

De ser hasta entonces, el hombre, considerado como un ser localizado en entornos que, por su relativa permanencia, siempre resultaban familiares y, como tales, generadores de fuertes puntos de orientación e identidad personal y colectiva, pasaba, en poco tiempo, a ser transeúnte de espacios de creciente impermanencia, los que se consumían del mismo modo que lo hacían las cosas, las relaciones sociales o la información y el tiempo y que haría del hombre futuro un nuevo nómada.

2

Entonces, en el transcurso de la década siguiente, fue instalándose en forma definitiva ese conjunto de procesos que fue indicado con el controvertido concepto de **globalización**. Con un fuerte componente material fue identificado primero como un fenómeno económico-financiero y, fruto del capitalismo, se entroniza con el auge de las sociedades de mercado. Así, para los primeros analistas, todos sus efectos son primariamente emanados de su condición económica, luego política. Sólo posteriormente, también cultural. Y de estos efectos, los más caracterizados son el de arrasar con las diferencias, instaurando un ámbito de homogeneidades

* Universidad de Los Lagos. E-mail : nvergara@ulagos.cl; nvergar@gmail.com

que reprimen y disuelven todo afán individualizador de modelos que no sean de la misma naturaleza que el mercado. De este modo habrá un espacio común, un tiempo común y un lenguaje común, del mismo modo en que hay un mercado común. Prohibido todo aparte, a lo menos más allá de lo que promueve la propia globalización concebida como un momento de la vida moderna; es decir, prohibido, resistido, reprimido todo lo diferente: por ejemplo, según ya se ha comentado tanto: el negro, el indígena, el homosexual, el joven, la mujer, etc. Es decir, el otro.

En tales entornos, el lugar, lo local, al supeditarse a lo global, ha tendido también a desaparecer, a perder significación, y con ello lo concreto se subordina a lo abstracto, lo cualitativo y resonante, a lo cuantitativo, silencioso. Y así entonces, al parecer equivocadamente, lo globalizado se camufla de realidades efectivas, simula alcances tanto más totales cuanto más abstractos, disfrazando su condición abstracta en conjeturas totalizantes.

La crítica a la globalización comienza entonces como un intento de llamar la atención sobre todo aquello que o se pierde o se disimula tras la apariencia de un progreso indefinido e inevitable. Con la pérdida de los socialismos ya no hay barreras al capitalismo y por lo tanto ya no hay fronteras, ni límites al modelo de la economía de mercado. El modelo se mundializa y deviene cultura única, universal. Esta fue, por lo menos, la primera impresión y algunas de las primeras certezas.

Sorprende en este punto la similitud que este planteamiento, que situábamos inicialmente en la obra de A. Toffler, encuentra en la obra del antropólogo francés Marc Augé quien, al definir la actual situación de los lugares, adelanta que éstos, al someterse a la aceleración contemporánea que caracteriza a lo que a su juicio debe nombrarse como **sobremodernidad**, tienden en realidad a desaparecer a favor de esos espacios de no identidad, espacios de lo transitorio, que él denomina **no lugares** y que también destacan la condición de nomadismo (migraciones, turismo) que se hace presente en la realidad sociocultural de nuestro tiempo.

3

Pero, pronto se hizo evidente, que tal descripción y eventuales proyecciones adolecían de aquello mismo que pretendidamente era su fundamento: la realidad efectiva. Con ello quedó en evidencia el componente de simulacro que contenía y de esta manera su dimensión ideológica. Así la globalización es reinterpretada

ahora en términos de las efectivas y no presuntas realidades, resignificando aquello que había sucumbido al afán aplanador y disolvente de la interpretación anterior y casi canónica: lo real globalizado descubre entonces sus claros componentes particulares, locales, en interacción con lo global. Lo que hay, lo real, aparece entonces no simplemente conectado sino que, y esto es lo esencial, interconectado. Para muchos, esta etapa, que se conoce como **postmodernidad**, es el período en que la globalización alcanza sus culminaciones. Y este es también el momento en que los lugares, contra todas las evidencias y certezas, retornan a la consideración en los expertos, resignificándose sus alcances y limitaciones.

Volvemos entonces al lugar.

De pronto el espacio vuelve a sernos familiar, cercano y concreto, un espejo de reconocimientos mutuos. Dialogamos con el entorno, mostrando **ahí** nuestra pertenencia, viviéndolo en razón de sus antagonismos y sus complementariedades, y narrándolo también, asumiéndolo desde las palabras que lo **dicen**. Nuestro conocimiento es, inequívocamente, interpretación. Somos con el lugar y desde él.

Esta copertenencia entre el espacio como entorno inmediato y los proyectos de apropiación que lo presentan como lugar, como territorio o como paisaje, es lo que hoy día está en la base de la complejidad, y opera indistintamente si el lugar es rural o es urbano. En ambos casos, se ha dicho, es el espacio de la identidad y de la historia personal o colectiva, que se hace presente en medio de los ambientes globales como contrarrespuesta a esos ambientes, y como reacción o resistencia a los afanes de disolución que, por uno de sus lados, parecía ser propio de la globalización.

En estos contextos de creciente complejización de la vida, nos encontramos con la también creciente confianza de que son los lugares los ámbitos de máxima realidad cotidiana, de encuentros y desencuentros con lo real, sea efectivo o imaginario.

Un sugestivo planteamiento al respecto es el que nos parece que desarrolla Arturo Escobar (2005). Sobre este planteamiento conjeturamos algunas hipótesis que van más allá de señalar los términos del debate y de explicitarlos. En su argumento creemos que se está señalando que la discusión misma es la expresión de un problema más bien académico. Según este debate, hay quienes sostienen (como Toffler y Augé) que los lugares tienden a desaparecer por efectos de la aceleración o de la globalización, desarraigando al hombre de su entorno más inmediato, mientras que otros, en

virtud de lo mismo, sostienen que ésta es precisamente la condición de posibilidad de su renacer. Sin embargo, como lo señalamos recién, nos parece vislumbrar, aquí, que Escobar quiere ir más lejos y que pone el debate a la vista, pero contrastando la opinión académica indicada con la «opinión» del hombre común y corriente en su vida cotidiana, opinión que reflejaría que tal debate no ha descendido hasta allí, de manera que en este ámbito se constataría que los lugares, en realidad de verdad, nunca han perdido presencia:

el hecho es que el lugar –como la experiencia de una localidad específica con algún grado de enraizamiento, linderos y conexión con la vida diaria, aunque su identidad sea construida y nunca fija- continúa siendo importante en la vida de la mayoría de las personas, quizás para todas (115).

Pero el debate académico está planteado y no puede eludirse. Lo importante es, sin embargo, comprender que esta discusión no es insignificante o banal, sino que las opciones traen consecuencias para nuestro habitar los mundos en que nos movemos a diario, material o espiritualmente. Y, destacando esa relevancia en los estudios antropológicos, geográficos, culturales, comunicológicos, etc., señala Escobar, que

las nuevas metáforas en términos de movilidad – la desterritorialización, el desplazamiento, la diáspora, la migración, los viajes, el cruce de fronteras, la nomadología, etc.- nos han hecho más conscientes del hecho que la dinámica principal de la cultura y la economía han sido alteradas significativamente por procesos globales inéditos (116).

Lo anterior se observaría de preferencia en aquellos que trabajan en «la inserción del ambiente y el desarrollo» en sus críticas y propuestas de ocupación sustentable de los territorios y, para quienes la relación naturaleza-cultura-desarrollo, es más que fundamental (E. Leff, D. Floriani y otros). Para ellos, dice Escobar, «cualquier salida alterna debe tomar en cuenta los modelos de la naturaleza basados en el lugar, así como las prácticas y racionalidades culturales, ecológicas y económicas que las acompañan» (116). Y en un texto fundamental agrega:

Tomando como punto de partida el carácter problemático de la relación entre lugar y cultura, estos trabajos hacen énfasis en el hecho de que los lugares son creaciones históricas que deben ser explicados, no asumidos, y que esta explicación debe tener en cuenta las

maneras en que la circulación global del capitalismo, el conocimiento y los medios, configuran la experiencia de la localidad (117).

Entonces se hace cada vez más necesario explicar las diferencias, lo que se transforma hoy en el gran problema, puesto que, pregunta Escobar: «¿Cómo explicar la producción de diferencias en un mundo de espacios profundamente interconectados?» (117)

Y todo esto, sin naturalizar nada, sin reificar nada.

4

Sin embargo, el tema se vuelve verdaderamente algo cuando nos acercamos al lugar en el contexto de las ciudades y de la vida urbana. Entonces las dificultades crecen notoriamente, pero también notoriamente se puede observar que el lugar mantiene su relevancia a nivel de las cotidianidades, mientras que su teorización se encuentra con nuevas realidades que deben ser tomadas en cuenta, de preferencia aquéllas que se indican con los conceptos clave de «redes», «flujos», «complejidad», «rizomas» etc., o bien «habitus», «representaciones simbólicas», «metáforas», «imaginarios», etc., conceptos que, al parecer, hacen exigible que la mirada a los lugares, aquí, en la ciudad, sea cada vez más profundamente hermenéutica. Una salida a estas situaciones parece estar en el giro fundamental que conduce de lo macro espacial y temporal a lo micro espacial y temporal, así como en el desplazamiento de la atención desde las explicaciones causales a las narrativas, lo que desde ya va configurando un programa de aproximación a la comprensión interpretativa de la vida urbana. Así, por ejemplo, en M. Rizo, Z. Low, A. Silva, R. Reguillo y tantos otros. Al respecto algunos textos de muestra.

«El lugar actúa como elemento aglutinante de la colectividad y como símbolo de su permanencia en el tiempo» escribe Marta Rizo (2006) en una perspectiva que recuerda las formulaciones de Marc Augé. También para esta autora, citando a Pol, el «espacio se convierte en lugar a través de los mecanismos de apropiación por parte de los sujetos quienes transforman y significan el espacio que habitan, actuando en él e identificándose con él, tanto de manera individual como colectiva.» (*Idem*).

Vistos de este modo, agrega M. Rizo, «se puede decir que los lugares con una fuerte identidad ayudan a conglomerar a la colectividad y a mantener su identidad social» (*Idem*).

Pero, como hemos dicho, lo que de común parecen tener los lugares en la actualidad, cualesquiera que sean los sitios en que se establezcan, es que cada vez más se van circunscribiendo en espacios acotados, en microespacios en que la vida se va haciendo familiar, estaciones de encuentros y permanencias, de identificación que, en las ciudades, pueden estar constituidos por los barrios, las plazas, los paseos peatonales, las unidades vecinales, o, en fin, determinadas zonas de las ciudades, en quienes va latiendo la singularidad. No son pocos los estudios de los barrios, dice M. Rizo, «como dotadores de sentido de pertenencia a sus habitantes» (*Idem*). A su juicio, participar de esta red social que es el barrio «permite a sus habitantes construir una identidad en cierta manera común; el sentido de comunidad viene dado por el compartir una concepción similar de sí mismo y de los otros» (*Idem*). Así, siguiendo a Buraglia establece que «el barrio se caracteriza por la comunicabilidad, la sociabilidad, la sostenibilidad, la variedad, la recursividad, el arraigo, la seguridad, el control, la tolerancia, la solidaridad y la prospección» (*Idem*).

Pero no hay que perder de vista que en los estudios de lo social, los temas tienen siempre sus contrapartidas con quienes configuran sistemas complejos y donde los diferentes momentos que los constituyen se remiten unos a otros en términos de diferencias y complementariedades. Y así como los lugares reenvían constantemente a los no lugares, y viceversa, así también los procesos identitarios se nutren de procesos de desidentización, de crisis de identidad, y de constantes procesos de construcción y reconstrucción de identidades, las que son constantemente puestas en cuestión.

Pero, quizás si el lugar más significativo sea siempre ese que se carga consigo, el lugar en que parece estar entretejida la moción y la memoria, el espacio que H. Giannini llama **domicilio** que es algo más que la casa, que el hogar, y que puede trascender hacia el simbolismo de la infancia y de las tradiciones, que, por supuesto, están ligadas, atadas a un espacio físico como toda simbología; de modo que si la casa, el hogar, la habitación es un lugar, lo es por esa condición en que un símbolo emerge de una materialidad que nos es propia y en la que podemos reconocernos y, a la vez, distinguirnos de otro diferente. Domicilio, barrio, tradición, historia, representan lugares físicos y simbólicos interconectados, sea que permanezcamos en ellos o que emigremos a otros. Lo mismo podemos decir de la interconexión de la ciudad y el cuerpo a través de las

metáforas que pueblan las narraciones, sean verbales o en imágenes.

5

Sin embargo, no podemos terminar estas notas, sin volver un poco al punto que nos sirvió de partida. En este punto de partida, hemos tenido presente a Marc Augé. Ahora, además queremos cruzar sus ideas con las de M. Delgado. Así, de acuerdo al espíritu de ellos, tenemos que decir que todo objeto, sea construido efectivamente, materialmente o imaginado, concebido y presentado como obra es, al mismo tiempo, un objeto susceptible de ser mirado, interpretado, sea en el contexto de una teoría formal o de una práctica cotidiana, un modo de vivirlo, sentirlo, de practicarlo. Y esto es válido también, nos parece, para el espacio y de todo aquello que en el espacio se practica, como la ciudad, la vida urbana, la política, el arte. El espacio, dice Marc Augé, «existe esencialmente... por las prácticas humanas de que ha sido objeto», sea que esto se conciba como territorio, como paisaje, como lugar o no lugar. Son estas prácticas las que, a su juicio permiten calificarlo también «como estético o funcional, como profano o sacro, como público o privado».

Desde una lectura atenta, conviene entonces comprender que así como toda singularidad puesta d manifiesto, descubre sus contornos interactuando con el espacio leído como objeto porque forma parte de él, así también la prácticas que lo constituyen son históricas, de modo que la mirada tiene que recaer sobre «la forma según la cual las personas que utilizan el espacio lo readecuan y cómo los individuos redefinen sus relaciones, habilitándolo, invirtiendo, recomponiendo su espacio» (98). De esta manera, el hombre común en su experiencia diaria va correlacionando necesidades, expectativas, deseos, lenguajes que ya están ahí como interpretaciones colectivas, con nuevos afanes que buscan hacerse un sitio junto a otras sensibilidades y prácticas con las que se identificará, sea que intente recuperar formas clásicas o que se pretenda instalar novedades con relaciones siempre abiertas (100). Si la identidad no es una esencia inmutable, sino una construcción histórica, entonces el espacio urbano y sus lugares, que dependen de las prácticas urbanas y de las que finalmente cuelgan las identidades y sus procesos de desidentización, sólo podrá ser leída en estos contextos de relativa impermanencia. De aquí que toda hermenéutica que intente descifrar o revelar un sentido, termina siempre por hablar despertando efectos

retroactivos, según los cuales todo imaginario tiene que dialogar con el recuerdo y el olvido, es decir, con la emoción y la memoria. Por esto, el lugar, aun cuando, a juicio de Augé, vaya dando paso a los no lugares, tendrá siempre ese rostro de lo conocido y familiar, una cierta atmósfera de complicidad con las raíces.

Bibliografía

AUGE, Marc, 2002, *Los «no lugares». Espacios del anonimato*, Barcelona: Gedisa.

AUGE, Marc, 2001, *Ficciones de fin de siglo*, Barcelona: Gedisa.

ESCOBAR, Arturo, 2005, «El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: globalización o postdesarrollo?», en Eduardo Lander (compilador) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, pp. 115-152.

RIZO, Marta, 2006, «Conceptos para pensar lo urbano. El abordaje de la ciudad desde la identidad, el habitus y las representaciones urbanas», en www.bifurcaciones.cl

Economía Viva y Territorios Dinámicos

Live Economy and Dynamic Territories

Jorge Rodrigo Yaitul Stormansan*

Resumen

El presente trabajo es una reflexión respecto a la construcción formalista de la economía y como esta se encuentra «cerrada» a los aportes de otras disciplinas. La economía estándar que conocemos, no incorpora los saberes de otras ciencias, restringiendo su interpretación de un mundo complejo que se presenta en «desorden», no estructurado y ordenado a la visión de una comprensión cartesiana formalista en el cual prevalece el análisis parcelario. Las consideraciones anteriores implican, entre otras cosas, un nuevo proceder analítico que requiere transitar desde la comprensión económica estática a la comprensión dinámica de sistemas y territorios específicos.

Palabras Claves: Racionalidad económica, análisis parcelario, tiempo natural y tiempo económico.

Abstract

The proposal of this manuscript is to discuss the formalist construction of the economy and how this one is closed to the participation of other sciences. The standard economy that we know does not incorporate the comprehensive knowledge of other sciences, reducing its interpretation of a complex world presented without an order and a structure related to the vision of a formalist cartesian understanding in which the fragmentary analysis comes first. These previous considerations imply, among other things, a new analytical procedure that requires a movement from

static economic comprehension to the dynamic comprehension of specific systems and territories.

Keywords: Economic rationalism, fragmentary analysis, natural time and economic time.

Introducción

La economía estándar es el estudio de la asignación humana de recursos escasos a fines alternativos, una definición que por lo pronto no tenemos nada que oponer. Sin perjuicio de lo anterior debemos hacer una previsión respecto a la diferencia entre «economía» y «crematística», en cuanto a que la primera es el estudio material del abastecimiento de la *polis*, la casa familiar o de la ciudad; la segunda, el estudio de la formación de los precios en los mercados.

Se trata entonces de una comprensión sobre procesos y transformaciones que van más allá de lo económico, que se registran en territorios particulares y que son también de carácter social y cultural. Así la actividad de producción en un territorio determinado debe ser entendida como un ecosistema socioeconómico y cultural, insistiéndose en la base natural (*el ecosistema*) en la que la actividad se asienta, no concibiéndose como algo estático, sino como el resultado de la confluencia de dos elementos. Por un lado, la propia naturaleza y, por otro, la intervención humana que la modela. En este sentido no se puede concebir la particular explotación

* Universidad de Los Lagos, Osorno. Departamento de Ciencias Sociales. Luisa Schoner 2742, Casas de Bellavista, Osorno. yyaitul@ulagos.cl